

BESOS

I

PRIMER BESO

«—La luz del ocaso moribunda toca
del pinar los follajes tembladores,
suspiran en el bosque los rumores
y las tórtolas gimen en la roca.

Es el instante que el amor invoca;
ven junto a mí; te sostendré con flores
mientras roban volando los amores
el dulce beso de tu dulce boca.»

La virgen suspiró: sus labios rojos
apenas el *yo te amo* murmuraron,
se entrecerraron lánguidos los ojos,

los labios a los labios se juntaron,
y las frentes, bañadas de sonrojos,
al peso de la dicha se doblaron.

II

UN BESO NADA MÁS

Bésame con el beso de tu boca,
cariñosa mitad del alma mía,
un solo beso el corazón invoca,
que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más! Ya su perfume
en mi alma derramándose, la embriaga;
y mi alma por tu beso se consume
y por mis labios impaciente vaga.

VI

EL ÚLTIMO BESO

Empujé, vacilando como un ebrio
la entrecerrada puerta.
Había en la estancia gentes que lloraban,
y en medio de los cirios funerarios
ella... ¡mi vida! muerta.

Pálido mármol que esculpió la muerte
con su mano de hielo,
la hermosura terrestre de la virgen
del abierto sepulcro por la entrada
se iluminaba con la luz del cielo.

Llegué, me arrodillé... y aquel gemido
que lanzó mi alma loca
hizo temblar la llama de los cirios...
después... no supe más... Un beso eterno
clavó a su frente mi convulsa boca.

Todo el llanto de mi alma, el duelo inmenso,
¡oh niña! de perderte,
estaba en ese beso de la tumba...
¿te lo llevó, verdad, llegando al cielo
el ángel de la muerte?

ADIOSES

NUESTRO ADIÓS

¡Si no sabía llorar!... Jamás su frente
se dobló a los pesares.
Fué siempre la mujer indiferente,
la diosa a recibir acostumbrada
incienso de alabanza en sus altares.

PQ77
FSO
P3

Amor junto a ella humilde
 las alas plegó inquietas,
 y repitió a su oído suplicante
 el cántico de amor de los poetas.
 Y acaso el aura fría
 de la noche besando sus cabellos,
 en un vago sollozo le traía
 una voz de ultratumba en que gemía
 el adiós postrimer de alguno de ellos.

Mas no sabía llorar...

... y aquella tarde,
 una tarde sin luz, triste y lluviosa,
 inclinó la cabeza silenciosa
 así como las blandas florecillas
 que hirió la tempestad. Los soberanos
 ojos cubrióse con entrambas manos
 y el llanto desbordó por sus mejillas.

Lloraba, sí, lloraba... de rodillas,
 yo traspasado de dolor le hablaba,
 pero ella no me oía;
 ¡callaba, sollozaba, se moría!...
 sólo sentí su mano que temblaba
 desesperada al estrechar la mía.

Era aquel nuestro adiós. Era el momento
 solemne de pasión y de tormento
 de un amor inmortal. Eran dos almas
 locamente estrechadas en el fuerte
 nupcial abrazo de una sola vida,
 que separaba, haciéndolas pedazos,
 la mano inexorable de la suerte
 con el fúnebre adiós de la partida.

Y lloraba en mis brazos; y lloraba
 con tan triste y profundo desconsuelo,
 que en tan lúgubre tarde parecía
 que al mirarla llorar lloraba el cielo
 y que por ella se enlutaba el día.

Y mojaba la lluvia su semblante,
 su semblante tan pálido y tan bello,
 y el viento de la tarde sollozante
 agitaba en desorden su cabello.
 Yo le hablaba, le hablaba... no me oía...
 solamente su mano temblorosa
 se estrechaba convulsa con la mía.

Así fué nuestro adiós... Toda mi alma
 dejé en mis labios con pasión opresos,
 y me traje la suya, que bebieron
 en sus ardientes lágrimas mis besos.

NO... NO TE DIGO ADIÓS

¿Por qué vienes así, mi enamorada,
 cuando dormido estoy? ¿Cuando con lazos
 invisibles el sueño ata mis brazos
 y no puedo apretarte al corazón?
 ¿Por qué vienes así cuando mis labios
 cierra el sueño también, y busco ansioso,
 sin poderle encontrar, el cariñoso
 acento con que te habla mi pasión?

¿Por qué vienes así?... ¿Sabes acaso
 que son las de la noche las hermosas
 horas de las estrellas misteriosas,
 y, estrella del amor, surges también?
 ¿Porque sabes que la hora de los sueños
 es la hora en que los ángeles sin nombre
 bajan del cielo a visitar al hombre,
 con su ala de oro a proteger su sien?

¿Por qué vienes así, pálida mía,
 con tus ojos de amor sobre mis ojos,
 y con temblor de besos en los rojos
 labios que apagan en el mío la voz?
 ¿Por qué son tan dolientes tus abrazos?
 ¿Por qué tanto sollozo y duelo tanto,

y al besarme me mojas con tu llanto,
y sólo sabes la palabra *adiós*?

No es un adiós el que mi voz te deja
llorosa, vida mía,
que adiós es la trístisima palabra
de la ausencia sombría.

Que adiós es el sollozo que se arranca
del corazón herido,
que adiós es el saludo de la muerte,
la cifra del olvido.

¡No, no te digo adiós! Para nosotros
palabra tal no existe;
la boda de las almas es eterna
cuando amor las asiste.

Y lo que llaman en el mundo ausencia,
distancia, despedida,
para aquellos no son que sólo forman
un alma y una vida.

Para aquellos no son que, al fuego vivo
de los labios impresos,
cual nosotros sus almas desposaron
en tálamo de besos.

No, no te digo adiós... ¿Quién de sí mismo
se ausenta y se despide?
¿Cómo puedo a mi propio pensamiento
decir que no me olvide?

No se mira sin luz, y sin ambiente
el pecho se sofoca,
y mi luz son tus ojos, y mi aliento
los besos de tu boca.

Yo soy tan sólo corazón, y tú eres
su sangre y su latido.

¿Cómo a mi mismo corazón pudiera
dejar en el olvido?

Idénticas, mezcladas, confundidas
cual la llama y su luz,
nuestras almas no saben siendo una
si eres yo, si soy tú.

Y antes yo pensaré sin pensamiento
y veré sin mirada,
que no llevar dentro de mi alma, eterna,
el alma cariñosa de mi amada.

DESPEDIDA

++
Cuando aun ayer... ¡ayer!... enajenado
reposaba en mi pecho tu cabeza,
y mirando tus ojos, extasiado
olvidaba en tu labio nacarado
con besos y sonrisas mi tristeza;

¿cómo entonces pensar que llegaría
esta hora de dolor, negra, sin nombre,
que del alma las fuentes abriría,
y en lágrimas de hiel, lágrimas de hombre,
tu frente inmaculada banaría?...

Ayer... ayer, bañaban los amores
tu semblante con púdicos sonrojos...
hoy... ya borran tan plácidos colores
la mortal palidez de los dolores
y el llanto inagotable de tus ojos.

Es muy breve la vida pasajera
para que con mi amor todo te ame;
mas en la eternidad mi alma te espera...
dame el último adiós... tus labios dame...
y acuérdate de mí cuando me muera.

Si en este instante de supremo duelo,
si en esta inolvidable despedida
una gota cupiera de consuelo,
la tendría para llenar mi vida:
un beso y una lágrima... ¡Hasta el cielo!

ADIÓS A JALAPA

Tierra de bendición, tierra querida,
para siempre quizá de ti me alejo,
y con mi adiós te dejaré mi vida,
pues que del alma la mitad te dejo.

Adiós tu azul y transparente cielo,
y la sombra nupcial de tus palmares,
y allá de tus confines tras el velo
la línea opaca de los vagos mares.

Adiós, Jalapa, lánguida paloma
que reposa a la margen de la fuente,
entre los bosques de fragante aroma,
al ruido sonoro del torrente.

El ángel de la noche misterioso
bajo su negro pabellón de estrellas
te besa con el beso del esposo,
abre sus alas y te duerme en ellas.

Y la aurora te encuentra todavía
envuelta en los cendales de la niebla,
hasta que te despierta la armonía
con que el zenzontli tu recinto puebla.

Eres grata y gentil como la palma
del desierto en la arena abrasadora,
frente a do llega enamorada el alma
la sed a mitigar que la devora.

Por eso te idolatra quien te mira,
y no te olvida quien de ti se aleja,

y en cada adiós que el corazón suspira
algo del mismo corazón te deja.

*

¡Cuántas veces al rayo de tu luna
cercado de mis dulces ilusiones,
he soñado la gloria y la fortuna
al arrullo de amor de mis canciones!

¡Cuántas veces sintiendo por mi frente
los besos de tu brisa perfumada,
algo divino descendió a mi mente
iluminando el ánima turbada!

¡Cuántas veces entonces el arpa mía
cayó a mis plantas impotente y rota...
que decir a los hombres no sabía
la voz del cielo que en tus auras flota!

¡Cuántas veces también el alma quiso
al verte a ti, jardín de las delicias,
la mujer sin rival del Paraíso
para morir de amor con sus caricias!

Y la encontré tal vez... y vi su sombra
en el misterio de la noche en calma...
una mujer... ¡mi boca no la nombra
pero la llevo aquí, dentro del alma!

¡Una mujer!... la creó mi fantasía,
la soñó mi ilusión, mi amor ansióla,
la encontré, la adoré, la llamé mía,
y en mi alma vive refulgente y sola.

Única fe que el corazón cautiva,
yo la idolatro con mi vida entera,
con inmensa pasión mientras que viva,
con infinito amor cuando me muera.

Y te dejo también, luz de mi cielo,
única flor de mi desierta vida;
solo y perdido en apartado suelo
¿qué hará mi alma entre los dos partida?

Sin tí ¿qué seré yo?... Sombra que vaga
en medio de la noche del desierto,
lámpara de esperanza que se apaga,
corazón ¡ay! en desamparo muerto.

Cuando esté lejos de tus ojos bellos,
ojos divinos que por mí lloraron,
acuérdate ¡ay! que con pasión en ellos
mis labios tantas lágrimas secaron...

Acuérdate ¡ay! que con la fe del niño
me entrego de tu amor a la confianza,
que es la vida de mi alma tu cariño
y el alma de mi vida tu esperanza.

Acuérdate ¡ay! que tu celeste nombre
le solloza mi labio balbuciente,
que mi primera lágrima de hombre
al decirte mi adiós, cae en tu frente...

Adiós, Jalapa, búcaro de rosas,
manantial a la sombra de la palma,
región de los ensueños, de las diosas,
y de las dichas que idolatra el alma.

Quédate, adiós, encantadora tierra
de mi fe, de mi amor, de mi ventura...
hondo sollozo mi garganta cierra
al decirte el adiós de mi ternura.

Acaso ya jamás... jamás—¡quién sabe!
a verte volveré, suelo querido;
tal vez mi vida solitaria acabe
lejos, muy lejos de mi Edén perdido.

Adiós, la última vez, tierra querida,
nido prim^o a^l general de mis amores;
que vuelva a verte... y a encontrar perdida,
una modesta tumba, entre tus flores.

ADÍOS

Adiós para siempre, mi
una alma tan sólo teníamos d^e de mi vida,
mas hoy es preciso que esta a^l dos;
la amarga palabra del último ad^o a^l divida

¿Por qué nos separan? ¿No saben a^l que
que pasa la vida cual pasa la flor? a^l asc
cruzamos el mundo como aves de paso...
mañana la tumba, ¿por qué hoy el dolor?

¿La dicha secreta de dos que se adoran
enoja a los cielos, y es fuerza sufrir?
¿Tan sólo son gratas las almas que lloran
al torvo destino?... ¿La ley es morir?...

¿Quién es el destino?... Te arroja a mis brazos,
en mi alma te imprime, te infunde en mi ser,
y bárbaro luego me arranca a pedazos
el alma y la vida contigo... ¿por qué?

Adiós... es preciso. No llores... y parte.
La dicha de vernos nos quitan no más;
pero un solo instante dejar de adorarte,
hacer que te olvide, ¿lo pueden?... ¡Jamás!

Con lazos eternos nos hemos unido;
en vano el destino nos hiere a los dos...
¡las almas que se aman no tienen olvido,
no tienen ausencia, no tienen adiós!

PQ7
FSU
P3

AUSENCIA

¡Quién me diera tomar en tus manos blancas
para apretarme el corazón con ellas,
y besarlas... besarlas... escuchando
de tu amor las dulcísimas querellas!

¡Quién me diera sentir sobre mi pecho
tu lánguida cabeza,
reclinada... como enantes, tus suspiros,
y tus suspiros de amor y de tristeza!

¡Quién me diera posar casto y suave
mi cariñoso labio en tus cabellos,
y que sintieras sollozar mi alma
en cada beso que dejara en ellos!

¡Quién me diera robar un solo rayo
de aquella luz de tu mirar en calma,
para tener al separarnos luego
con qué alumbrar la soledad del alma!

¡Oh! ¡quién me diera ser tu misma sombra,
el mismo ambiente que tu rostro baña,
y, por besar tus ojos celestiales
la lágrima que tiembla en tu pestaña!

Y ser un corazón todo alegría,
nido de luz y de divinas flores,
en que durmiese tu alma de paloma
el sueño virginal de sus amores.

Pero en su triste soledad el alma
es sombra y nada más, sombra y enojos...
¿cuándo esta noche de la negra ausencia
disipará la aurora de tus ojos?...

SOÑANDO

Anoche te soñaba, vida mía,
estaba solo y triste en mi aposento,
escribía... no sé qué; mas era algo
de ternura, de amor, de sentimiento.
Porque pensaba en ti. Quizá buscaba
la palabra más fiel para decirte
la infinita pasión con que te amaba.

De pronto, silenciosa,
una figura blanca y vaporosa
a mi lado llegó: Sentí en mi cuello
posarse dulcemente
un brazo cariñoso, y por mi frente
resbalar una trenza de cabello.
Sentí sobre mis labios
el puro soplo de un aliento blando,
alcé mis ojos y encontré los tuyos
que me estaban, dulcísimos, mirando.
Pero estaban tan cerca que sentía
un yo no sé qué plácido desmayo,
que en la luz inefable de su rayo
entraba toda tu alma hasta la mía.

Después, largo, suave
y rumoroso apenas, en mi frente
un beso melancólico imprimiste,
y con dulce sonrisa de tristeza
resbalando tu mano en mi cabeza
en voz baja, muy baja, me dijiste:
«—Me escribes y estás triste
porque me crees ausente, pobre amigo;
pero ¿no sabes ya que eternamente
aunque lejos esté, vivo contigo?»

Y al despertar de tan hermoso sueño
sentí en mi corazón plácida calma;

PQ7
FSU
P3

y me dije: es verdad... ¡eternamente!
¿cómo puede jamás estar ausente
la que vive inmortal dentro del alma?

TU IMAGEN

Tu imagen vino a visitarme en sueños;
sentí un aliento acariciar mi frente,
y luego un labio trémulo y ardiente
que buscaba mi labio... y desperté.
La sombra nada más, la triste sombra,
la muda soledad, la negra calma
imagen de la noche de mi alma,
esto tan sólo al despertar hallé.

¡Ah! Si en la noche de la triste ausencia
no me sonriera la esperanza hermosa
de que en tu seno, virgen cariñosa,
el sueño de la dicha ha de dormir;
yo me hundiera en mi lóbrega tristeza
hasta llegar al seno de la muerte;
porque no puedo ya vivir sin verte,
porque amar y estar lejos, es morir.

Pero, al menos, tú sabes que te amo
con un amor que la Creación llenara,
con un amor que el ángel envidiara
si no fueras un ángel tú también.
Si dueño fuera de la tierra toda,
la tierra toda ante tus pies pusiera...
Si fuera Dios... ¡hasta los cielos diera
por solo un beso en tu divina sien!

Mis noches son para soñar tu imagen,
tu imagen es para encantar mi vida,
mi vida para ti, virgen querida,
y tú para mi eterna adoración.
Tú, caricia dulcísima del alma,

tú, beso de los cielos desprendido
y en medio de mis lágrimas caído
aquí, dentro mi mismo corazón.

¡Oh! ¡ven a mí! Mi vida solitaria
se acaba, se consume en el hastio;
necesito de ti, dulce bien mío,
necesito de ti para vivir.
Es tu sombra la luz de mi camino,
sin ti me siento el corazón ateo;
me estoy muriendo porque no te veo,
porque amar y estar lejos, es morir.

¡Oh! si me amas también, si también lloras;
si a tu lado buscándome suspiras;
si sientes este fuego que me inspiras;
alma de mi alma enamorada, ¡ven!
ven a mi pecho, si en el tuyo viva
ardiendo está de la pasión la hoguera...
¡Oh! ¡ven a mí! mi corazón te espera,
que ardiendo está mi corazón también.

Te veo en mi sueño... ¡Y en mi sueño, loco,
temblando el alma de pasión, te llamo!
y te grito... te grito... ¡que te amo!
¡que soy tu dueño, que tu esclavo soy!
¡que instante tras instante de mi vida,
del corazón latido tras latido,
para volar a ti se han desprendido,
y que sin vida, que sin alma estoy!

Te llamo en sueños... y venir te siento...
el ruido de tu paso me estremece,
y mi frente abrasada palidece
al eco idolatrado de tu voz.
Y siento que te acercas... que tu aliento
ardiente y suave mi mejilla toca,
y que juntas tu boca con mi boca...
y despierto... con fiebre el corazón.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTENEGRO, ROSARIO

¡ Ven!... ¡ y una dicha buscaré supremo
para pagarte la que tú me dieres,
inundaré tu vida de placeres,
incendiare de amor tu corazón!

Y entonces, cuando loco, de tus labios
bebiendo esté torrentes de delicias,
¡ márame, por piedad, con tus caricias!
¡ márame entre tus brazos... de pasión!

A ROSARIO

¡ Qué!... ¿ porque nada el porvenir me guarde
buscaré, luchador desfallecido,
el rincón solitario del olvido
para morir allí triste y cobarde?

¡ Jamás, mi corazón, jamás!... Aun arde
bajo tu dura nieve comprimido
el fuego de un volcán. No estás vencido,
y para combatir jamás es tarde.

Lucharé y venceré. Todo se inmola
de amor ante el esfuerzo temerario;
y en mi alma, del amor bajo la aureola,

como Dios en el ara del santuario,
bella, serena, indestructible y sola
resplandece la imagen de Rosario.

VEN

¿ Me visita tu espíritu, amor mío?
Yo no lo sé; pero tu imagen bella
vino a mi lado, y en el mundo vago
del sueño, anoche deliré con ella.

Era Chapultepec, y la ancha sombra
del canoso ahuehuatl nos daba abrigo,
la luna llena iluminaba el bosque
y estábamos, mi vida, sin testigo.

Tú sabes lo demás... El alma mía
en su fiebre de amor feliz y loca,
a cada beso tuyo agonizaba
en el nido de amores de tu boca.

¡ Oh, ven, mi desposada! En el ramaje
el rayo de la luna desfallece,
y amor, el mismo amor, tálamo blando
en las hojas caídas nos ofrece.

Llegan allí, perdidos en las brisas
que el bosque perfumadas atraviesan,
arrullos de torcaces que se llaman,
suspiros de las hojas que se besan.

¡ Oh, ven!... ¿ A dónde estás?... Enviame loca
en el aire que pasa tus caricias,
que yo en el aire beberé tus besos
y mi alma embriagaré con tus delicias.

Ven a la gruta en que el placer anida;
el viejo bosque templará de amores,
suspirarán de amor todas las brisas
y morirán de amor todas las flores.

Apagará tus besos el susurro
del aura que suspira en los follajes,
y arrullarán tu sueño entre mis brazos
los himnos de los pájaros salvajes.

Y a la luz indecisa de la luna
allá a lo lejos, y de ti celosa,
la antigua Diana, de los viejos bosques
diosa caída, vagará medrosa.

La noche azul nos brinda su misterio
y templo el bosque a nuestro amor ofrece.
mi alma te busca, mi pasión te espera
y ebrio de amor mi corazón fallece.

¡Oh, ven, mi seducción, mi cariñosa!
ven a la gruta en que el placer anida,
que la dicha no mata... y si me mata
tú con tus besos me darás la vida.

NUESTRO AMOR

En medio del ancho mar soberbia roca
se yergue entre la bruma;
en torno se sacude ruda y loca
la turbulenta espuma.

La azota el huracán; del rayo torva
allí chispea la lumbre,
y el Dragón-Tempesta su dorso encorva
erizado en la cumbre.

La roca inmóvil se levanta en tanto
al beso de la nube,
y es, cuando ruge, de su triunfo el canto
que de sus plantas sube.

Así, Rosario, nuestro amor sea roca
que inmóvil se levante;
y deja que a sus pies la envidia loca
ruja impotente y nuestro triunfo cante!

HORAS DISPERSAS

I

Escucha, dulce niña,
que pides al poeta
te diga de sus versos
la inspiración secreta.

Suspiros ahoga el labio
que brota el corazón,
suspiros que son ayes
de incógnito dolor.

Lágrimas que los ojos
suben a humedecer
y vuelven en el alma
ardientes a caer.

Palabras que no deben
los labios pronunciar,
si aquella a quien se dicen
no sabe qué es amar.

Mis versos son las flores
nacidas en mi llanto;
de mis suspiros brotan
las notas de mi canto.

Entre esas flores tristes,
en ese vago acento,
palpita todo un mundo
de amor y sentimiento.

La voz que se levanta
en mi alma solitaria